

Quito, 6 de junio de 1929.

Al Sr. Dr. D.

Remigio Romero León.

Cuenca.

Papacito mío:

No he escrito, yo mismo ignoro por qué... Mi estado de alma, la vida que me hace daño, cierto embrutecimiento posterior a las grandes sacudidas cordiales.... Ud. me dispensará este forzado silencio, en el cuál todo y todos tiene, qué ver, menos yo...

Por lo demás, nada de nuevo... Dueño de una libertad que no sé en qué emplear, permanezco mudo y quieto, hasta que el advenimiento del gran amor definitivo venga a curar<sup>me</sup> del mal que tengo... Vendrá ese amor..? Vendrá la consoladora..? Yo creo que sí, porque tengo derecho a ser feliz... No es eso..?

Bendígame, bendígame y reciba todo el efecto con que le quiere su pobre y triste

Remigio